

Moore, *The Social Origins of Democracy and Dictatorship*, Allen Lane, London, 1967 [ed. esp., *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Eds. 62, Barcelona, 1973], es, con ciertas grietas, una obra maestra, la mejor tentativa de rastrear los orígenes socioeconómicos de los distintos sistemas políticos del mundo moderno. K. McRae (ed.), *Consociational Democracy*, McClelland and Stewan, Toronto, 1974, ofrece un conjunto de ensayos de amplio espectro sobre el método «coaligado» de mantener la estabilidad política en las sociedades divididas.

6. NACIONALISMO

RICHARD JAY

Cuando existe el sentimiento de nacionalidad en los individuos disgregados de un pueblo hay una razón *prima facie* para unirlos a todos bajo el mismo Gobierno y bajo un Gobierno adecuado; lo que significa que la cuestión de elegir la forma y naturaleza de dicho Gobierno deberá ser resuelta por los gobernados.

J. S. Mill, *Representative Government*, London, 1910, op. 360-361. [Del Gobierno representativo, trad. de M. C. C. de Iturbe, Tecnos, Madrid, 1985, p. 182.]

Hemos creado nuestro mito. El mito es fe, es pasión. No es preciso que sea una realidad. Lo es por el hecho de que es un bien, una esperanza, una creencia, porque eso es coraje. Nuestro mito es la Nación, ¡nuestro mito es la grandeza de la Nación! Y a este mito, a esta grandeza, que queremos convertir en una auténtica realidad, subordinamos todo lo demás.

Benito Mussolini (1922), cit. en H. Finner, *Mussolini's Italy*, New York, 1935, p. 218.

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES EL NACIONALISMO?

Se ha descrito el nacionalismo como «una doctrina universal inventada en Europa a principios del siglo XIX» que «sostiene que la humanidad se divide naturalmente en naciones, que las naciones poseen ciertas características que pueden determinarse, y que el único tipo de gobierno legítimo es el autogobierno nacional»¹. Esta descripción contiene tres puntos importantes:

En primer lugar, el nacionalismo es una doctrina política y no, como pretenden algunos autores², un estado mental. El solo hecho de que un pueblo tenga conciencia nacional, adhesión y lealtad a la nación no es nacionalismo, aunque los nacionalistas suelen basar sus reivindicaciones políticas en la *existencia* de dichos sentimientos o en la necesidad de *crearlos*. Muchas personas se consideran miembros de la

¹ E. Kedourie, *Nationalism*, London, 1960, p. 9. [Ed. esp., *Nacionalismo*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1988.]

² H. Kohn, *Nationalism: Its Meaning and History*, ed. rev., New York, 1965, p. 9. [Ed. esp., *Historia del nacionalismo*, FCE, México, 1984.]

nación escocesa o galesa, y dan muestras de patriotismo local sin apoyar necesariamente a los partidos nacionalistas.

En segundo lugar, el nacionalismo ofrece una teoría específica de legitimidad política. Aunque inspirada en ideas anteriores, la teoría se desarrolló durante el tumultuoso período de las guerras revolucionarias francesas, entre 1789 y 1815, como alternativa novedosa a los modelos de pensamiento, entonces predominantes, que anclaban la autoridad gubernativa en la tradición, el derecho divino o la ley natural. Adscribe a la «nación» una función política centralizadora, la promoción de la libertad nacional (o «liberación»), la unidad nacional, el fomento de los intereses nacionales, o el hecho de inculcar la lealtad nacional, como los objetivos primordiales de la acción política, sea porque llevan en sí mismos un valor inherente o porque son necesarios para asegurar otros fines deseables de la vida humana. Y niega legitimidad a las instituciones y programas políticos que amenacen su consecución.

En tercer lugar, el nacionalismo proclama que la identidad nacional es intrínseca a la vida social. Suele considerarse a las naciones como unidades «naturales» de la humanidad, sobre todo por parte de los pensadores del siglo XIX que escribían en una época en que el contraste entre los aspectos «naturales» y «artificiales» de la existencia humana era un instrumento fundamental para la conceptualización de la teoría política. Tal vez, hoy día, la organización de los pueblos en naciones se vea menos como un hecho natural y más como un producto de la historia y de la ley.

Se suele asociar el nacionalismo —aunque, como más adelante veremos, no siempre— con un *principio* y con una *forma de organización política*. El principio es el de la «autodeterminación nacional»: el derecho de las naciones a configurar su existencia sin que quienes no pertenecen a ellas intervengan para nada. La organización es la de la nación-Estado. Esta forma de vida política surgió inicialmente, o fue forjada por gobernantes poderosos, a finales de la Edad Media en Europa Occidental: en Inglaterra y Francia, sobre todo, pero también en Escocia, España, Escandinavia y los Países Bajos. Si bien el concepto de nación-Estado más se parece al de un caballo —que no es difícil de identificar, pero sí virtualmente imposible de definir—, esta forma particular de Estados tenía tres características generales: un Estado central que reivindicaba la «soberanía», es decir, la autoridad última, legal y política, sobre la población y las instituciones religiosas y sociales de un territorio integrado; un sistema económico que se orientaba mayoritariamente hacia la producción comercial y el intercambio técnico; y una homogeneidad cultural considerable, sobre todo de lenguaje, entre los funcionarios del Estado y sus súbditos. Los miembros de tales Estados empezaron a pensar en sí mismos como «naciones» (derivado del latín «grupo de nacimiento») definidas por su condición de Estado —como ingleses, no como normandos, sajones o anglo-

rientales—. Además, dichos Estados eran poderosos, dinámicos, expansionistas, y se convirtieron en el modelo que los nacionalistas de distintas partes del mundo trataban de imitar.

LAS RAÍCES DEL NACIONALISMO

Antes de considerar (en la sección siguiente, p. 196) el desarrollo histórico del nacionalismo como ideología política, debemos contestar ante todo a tres preguntas: 1.ª ¿Cuáles fueron sus orígenes intelectuales? 2.ª ¿Hasta qué punto es problemático su concepto central, el concepto de «nación»? 3.ª ¿Con qué fines se abraza el nacionalismo?

FUNDAMENTOS INTELECTUALES DEL NACIONALISMO

Muchas veces se ha dicho que los fundamentos intelectuales del nacionalismo son especialmente inconsistentes. Sus partidarios intelectuales han sido principalmente historiadores, poetas, músicos y pensadores, más concentrados en dotar a su patria de una historia y una cultura que en desarrollar una justificación filosófica. Una complicación añadida es la de que, en ciertos aspectos, no es una ideología diferenciada. Los nacionalistas, como ya veremos más adelante en este apartado, han definido una variedad de fines que se presume debe cumplir el gobierno nacional, y esta variedad nos da pie para describirlos como nacionalistas liberales, conservadores, socialistas, «culturales» o «políticos». Lo cierto es que, para dotar a esta doctrina de un fundamento intelectual, en algunos aspectos hemos de inventarla.

Las raíces del nacionalismo descansan en la idea liberal del siglo XIX de que la autoridad del gobierno procede de los gobernados³. Los intelectuales de la Ilustración creían que los seres humanos tenían suficiente capacidad de raciocinio como para conocer los derechos de los demás y tomar decisiones juiciosas sin que les guiara la mano de ningún rector paternalista. Las personas podían, sin duda alguna, crear una comunidad política de la que derivara la autoridad del gobierno y ante la cual éste sería responsable. Aunque intuitivamente esta doctrina parezca admisible, precisa ser complementada con las respuestas a las siguientes preguntas: ¿qué es lo que define el hecho de ser miembro de una comunidad?, ¿quién habla en provecho de quién?, ¿cuál es el «conglomerante» que le da consistencia y la vincula como una empresa común?

³ Para una exposición más detallada de este enfoque, J. S. Mill, *Representative Government*, London, 1910, cap. 16. [Ed. esp., *Del gobierno representativo*, Tecnos, Madrid, 1985.]

Se puede considerar que el nacionalismo responde a estas tres preguntas. La condición de miembro se define por la identidad nacional (la cual, como ya veremos, es en sí misma un concepto problemático). El «conglomerante» lo aporta una lealtad compartida con respecto a la nación. Y es la «nación» quien habla en beneficio de la comunidad política. El nacionalismo nació como doctrina progresista, incluso revolucionaria, a finales del siglo XVIII, cuando los políticos liberales y radicales trataban de reestructurar los Estados dinásticos autoritarios de acuerdo con sus ideas. El trampolín de su lanzamiento fue la Revolución francesa. En la Edad Media solía describirse como «nación política») a la nobleza y las clases superiores que formaban la élite gobernante. Los líderes revolucionarios que pretendían derivar su autoridad del «pueblo» invirtieron dicha noción. La Declaración de los Derechos del Hombre (1789) afirmaba que «el principio de soberanía reside esencialmente en la Nación», y el abate Sieyès, un ideólogo revolucionario puntero, comentaba lo que esto significa: «El Tercer Estado [el pueblo] comprende todo lo que pertenece a la nación. En toda nación libre, y todas las naciones debieran serlo, es el único camino para poner fin a las diferencias que atañen a su constitución. No cambiando a los notables, sino transformando a la nación misma»⁴. Así pues, el nacionalismo inicialmente fue una manera de denominar el principio de la soberanía popular. De hecho, un autor aseguraba, un tanto equivocadamente, que era dudoso que existiera otra cosa que no fuera «aplicar a las comunidades nacionales la doctrina de la Ilustración referente a la soberanía popular. El resto de la ideología nacionalista es pura retórica»⁵.

La Revolución francesa no sólo sirvió como motivo de inspiración a todos los demócratas de Europa, sino que añadió nuevas dimensiones al nacionalismo. Los líderes revolucionarios proyectaron unificar y racionalizar la vida nacional francesa, organizando al pueblo en ejércitos ciudadanos que más tarde, bajo Napoleón, se aplicaron a conquistar la mayor parte de Europa; lo cual, a su vez, dio origen a una reacción «patriótica» en los Estados derrotados. En Alemania y por doquier, los «patriotas» empezaron a pensar en movilizar sus propias «naciones», en parte como respuesta a la invasión francesa y en parte por imitarla. En el proceso, la inspiración subyacente al nacionalismo se diversificó aún más, y la «nación» se convirtió en un concepto mucho más problemático.

¿HASTA QUÉ PUNTO ES PROBLEMÁTICO EL CONCEPTO DE NACIONALISMO?

Los revolucionarios franceses habían *presupuesto* el concepto de nación antes de desarrollarlo. Para ellos la nación era «el pueblo» de

⁴ Citado en B. Shafer, *Faces of Nationalism*, New York, 1972, p. 64.
H. Seton-Watson, *Nations and States*, London, 1977, p. 445.

la nación-Estado francesa perfectamente definida. En otros lugares, las «naciones» eran entidades más bien dudosas, y durante el siglo siguiente se plantearon cuatro criterios diferentes para definir la identidad nacional⁶. La nación era:

1. Una entidad política definida por los límites del Estado. (Hoy día debemos señalar que las naciones del mundo se reúnen en un foro bajo la denominación de «Naciones Unidas».)
2. Una unidad geográfica definida por las «fronteras naturales» o por alguna otra identidad territorial histórica. (La «nación inglesa», por ejemplo, no es una entidad política, sino una población definida por la geografía.)
3. Un pueblo autoconsciente de su identidad y unidad comunes, que se manifiesta en una acción política colectiva o una cultura nacional distinta. El escritor francés Ernest Renan decía que una nación era «un alma, un principio espiritual», poseído de una conciencia afín con «un plebiscito diario» del pueblo.
4. Un pueblo definido por alguna característica «objetiva» de su vida social; por ejemplo, el lenguaje común, los orígenes étnicos o raciales, la religión o una existencia económica compartida.

Juntando estos cuatro elementos obtenemos una nacionalidad «ideal»: un pueblo con su propio Estado y con su propia patria, con una cultura y una conciencia nacional desarrolladas, y socialmente homogéneo. Así es como muchos nacionalistas *desean* que fuera su nación. Sin embargo, *porque* muy pocas sociedades en el mundo, si es que hay alguna, corresponden a este ideal, se han planteado las demandas nacionalistas. Según los casos, los nacionalistas aspiran a adquirir, a crear o a defender una «patria»; a convertir una identidad lingüística en una cultura nacional floreciente; a cambiar una unidad territorial—*digamos* Irlanda—en una unidad política; a incluir las divisiones políticas existentes entre los miembros de un Estado en un programa de acción nacional colectiva. Pero rara vez están implicados *meramente* en la tarea de plantear reivindicaciones en provecho de «su» nación: también se involucran en el proceso de definir, crear e inventar identidades comunes que, así lo esperan, puedan servir de base para autodeterminar una nación. Dado el abanico de criterios que definen una nación, pocas veces esta actividad deja de ser un hecho controvertido. ¿Ha originado la geografía una nación irlandesa? ¿La actual división política de Irlanda señala los límites entre dos naciones? ¿Existen dos naciones, una católica y otra protestante, que se

⁶ Para una selección más variada, K. Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, New York, 1966.

extienden sobre esos límites? Cuando las ideas nacionalistas hicieron presa de la Europa del siglo XIX, dichas cuestiones se debatieron y discutieron hasta la saciedad. Como consecuencia de ello, el nacionalismo, que había nacido para *resolver* un problema de legitimidad política, dio origen a la «cuestión nacional»: ¿cómo podían satisfacerse tal cúmulo de demandas contradictorias entre sí?

¿CON QUÉ FINES SE ABRAZA EL NACIONALISMO?

El problema se complicaba por el hecho de que la doctrina del nacionalismo se asignaba a varios propósitos distintos que podemos clasificar en cuatro epígrafes generales.

Soberanía popular

La demanda de derechos políticos efectivos ha inspirado numerosos movimientos nacionalistas. Ello se debe en parte al nexo entre los conceptos de «pueblo» y «nación» que se da en las ideas revolucionarias francesas, como ya señalamos anteriormente. También existe una relación de tipo práctico. En la Europa de principios de siglo XIX los territorios feudales que integraban los Imperios ruso, austríaco y otomano, Italia y Alemania, se defendían contra la revuelta popular valiéndose de la política y también del recurso de manipular deliberadamente las rivalidades locales, étnicas y religiosas. Más tarde los europeos utilizaron métodos parecidos de manipulación y fuerzas armadas en sus imperios coloniales para controlar a las poblaciones nativas. En tales circunstancias, aquellos que abogaban por los derechos políticos tenían que unirse necesariamente y formar alianzas populares que trascendieran las divisiones sociales y políticas existentes, a fin de contrapesar el poder de sus gobernantes. Para ello era vital definir una identidad más amplia donde pudieran agruparse **diferentes clases** sociales, **grupos étnicos**, gremios y congregaciones religiosas. Ésta es la «nación». Precisamente importaba mucho menos cómo definir la nación que el hecho de que fuera lo suficientemente evidente y capaz de atraer una identificación emocional para llevar a término la revolución democrática. Numerosos nacionalistas alemanes del siglo XIX que convocaban a la unidad alemana intentaban, en la práctica, excluir el autoritarismo de Austria, mientras que los líderes populares austríacos perseguían la unidad porque parecía ser el único medio de liberar a su Estado.

Contrarrevolución

El nacionalismo no ha sido sólo prerrogativa de los líderes populares, también ha constituido un **instrumento** para guardarse de ellos.

Frente a los revolucionarios franceses, Edmund Burke (ver cap. 3) apelaba a la idea de la nación inglesa como una comunidad histórica evolucionada, compuesta por clases sociales de distinta condición, organizada en torno a sus instituciones políticas tradicionales, y dirigida por su tradicional «nación política», la nobleza aristocrática. Más tarde, Disraeli distinguía entre el concepto de pueblo y el de nación: «Las naciones en un estado de disolución se convierten en un pueblo».

Al escribir dentro de una nación-Estado liberal, Burke y Disraeli podían dar por supuesta una identidad nacional, así como la existencia de una lealtad política generalizada. En otros países los gobiernos autoritarios han carecido de tales recursos. Enfrentados a las demandas populares, como lo estaba la mayoría de los Estados europeos en el siglo XIX, la asignación de un carácter «nacional» al Estado, otorgando diferentes ventajas educativas y económicas a los distintos **grupos étnicos** y religiosos, era una técnica común para dividir al «pueblo» y garantizar su sumisión. Los **zares** trataron de «**rusificar**» su diversidad de territorios; los emperadores austríacos, de «**germanizar**» su **maquinaria** del Estado. Por consiguiente, el nacionalismo **adquiría** una función distintiva: no para trascender el *Ancien Régime*, sino para dotarlo de una nueva fuente de legitimación.

Modernización

El concepto de «**modernización**» es confuso y controvertido. En términos generales se refiere al proceso mediante el cual, durante los últimos siglos, las sociedades de todo el mundo se han ido transformando en una existencia económica más comercializada, han fomentado la innovación tecnológica, se han vuelto más urbanas, **han** creado gobiernos centralistas y, en dicho proceso, han abandonado el compromiso indiscutible hacia prácticas sociales establecidas, desde hacía tiempo, con los líderes sociales y las creencias religiosas.

El nacionalismo está ligado a la modernización de varias maneras, todas ellas relacionadas con el hecho de que el proceso no ha acaecido simultáneamente en todas las sociedades, siendo mediante la difusión de prácticas que se originaron inicialmente en las naciones-Estado más desarrolladas del oeste de Europa, de acuerdo con una pauta que algunos autores han denominado «desarrollo irregular». De suerte que muchos pueblos la han combatido por considerarla una importación extranjera, a menudo como resultado de una ley impuesta que ha conllevado conmoción y desconcierto. De modo que, entre la población indígena, los defensores del orden tradicional se han sentido impelidos a creer que, expulsando al extranjero y sus costumbres, se detendría el proceso. Ahora bien, debido a que el «desarrollo irregular» garantiza que todos los pueblos y Estados ya desarrollados ejerzan una

abrumadora superioridad de poder y organización sobre los pueblos «atrasados», los defensores del *Ancien Régime* sólo pueden combatirlo, normalmente, por imitación. Para equilibrar la balanza, tienen que movilizar a su «nación» y adquirir la forma de nación-Estado. La hostilidad hacia los usos «extranjeros» y hacia la ley ajena ha estado presente a menudo en las sociedades humanas; sólo en el mundo moderno ha tomado la denominación de «nacionalismo».

Por otra parte, con mayor frecuencia el nacionalismo surge primero entre aquellos que no se oponen a la «modernidad», sino que lamentan la ausencia de ésta en sus propias sociedades. Tales «modernizantes» proyectan explícitamente imitar los usos extranjeros; de hecho, a veces acogiendo gustosos, en principio, la ley ajena como un contrapeso a los conservadores de su sociedad. Invariablemente se suscitan dos problemas: los introductores foráneos demuestran estar menos interesados en la modernidad *per se* que en una explotación selectiva, y las prácticas ya desarrolladas en una sociedad dada demuestran no ser las más apropiadas cuando se aplican irreflexivamente a un entorno social totalmente diferente. La conclusión lógica que se extrae es que la modernización *efectiva* tiene que ser una modernización *autóctona*.

Tan complejas relaciones han configurado en el nacionalismo una condición doble, porque, simultáneamente, mira al pasado y al futuro. Asimismo, han dejado bien claro que políticamente no hay discriminación entre la izquierda, la derecha y el centro. August Gneisenau (1760-1831), militar prusiano reformista, por poner un ejemplo, expresaba una respuesta conservadora a la Revolución francesa: ésta había «puesto en movimiento la energía nacional de todo el pueblo francés. Si otros Estados desean restablecer el equilibrio de poderes, deben dar entrada a estos recursos y utilizarlos. Han de asumir los resultados de la Revolución y, de este modo, obtener la doble ventaja de ser capaces de situar todas sus energías nacionales para oponerse al enemigo y escapar de los peligros de la revolución».

Cultura

El interés por la cultura nacional y las demandas en favor de la autodeterminación nacional han estado tan estrechamente asociadas que muy a menudo se asimilan una a la otra. Se dan, no obstante, tres tipos de relación.

Dos de ellos ya los hemos señalado anteriormente. Los nacionalistas han de definir la nación, y muchos lo hacen tomando como referencia algo que libremente podría denominarse identidades «culturales»: la lengua, la etnia, la religión. Además, la modernización, al amenazar las prácticas tradicionales e imponer nuevas pautas culturales, origina un conflicto cultural. Los Estados modernos lamentan la diversidad y gustan de la uniformidad. Lo que exigen es algo parecido

a un lenguaje educativo y administrativo común, un acuerdo en los programas de enseñanza y leyes uniformes, además de una decisión que permita imponer, o tolerar, las creencias políticas y religiosas. El nacionalismo es un medio a través del cual se acomete el conflicto cultural entre «tradicionalistas» y «modernizantes», entre los distintos grupos culturales que luchan por el control o la primacía dentro del nuevo orden.

El proceso estimula también a aquellos para quienes la «cultura» es un tema de interés profesional por teólogos, poetas, músicos, artistas, escritores y lingüistas. Para ellos la batalla nada tiene que ver con objetivos económicos y políticos, sino con el «alma» de la nación: con su vida moral, su potencial para el pensamiento creativo y artístico, su capacidad para dotar a la humanidad con un instrumento que colme los aspectos más «elevados» de la vida.

El nacionalismo alemán fue exaltado mayoritariamente por este tipo de personajes. Su progenitor fue Johann Gottfried von Herder (1744-1803), quien se sentía profundamente apenado porque la elite social de Alemania iba adoptando progresivamente la lengua francesa, la moda parisina y, a su entender, el racionalismo y materialismo superficiales del pensamiento de la Ilustración francesa, y desplazando, consecuentemente, las grandes tradiciones de la filosofía, la teología y la literatura que se transmitían a través de la lengua germánica. En su opinión, en cada una de las lenguas se incorporaba el espíritu de un pueblo (el *Volksgeist*) y cada pueblo ofrecía su aportación, diferenciada, en favor de la civilización humana. Lo mismo que Dios era Uno, pero se manifestaba de muy diversas formas, así también la raza humana que Él había creado era una unidad basada en la diversidad. El deterioro lingüístico y cultural, o dominación (incluso con relación a los pueblos eslavos tan menospreciados por la Prusia natal de Herder), era, pues, contrario a la voluntad divina de crear las «naciones» como unidades naturales de la humanidad. Cuando los ejércitos franceses derrotaron a Austria y Prusia en 1806-1807, algunos filósofos, como Johann Fichte (1762-1814) en sus Discursos a la nación alemana, identificaban esta doctrina con un programa político. La cultura diferenciada que se expresa a través de la lengua alemana sólo puede preservarse mediante la unificación de aquellos que la hablen dentro de un Estado que puede parangonarse con el Estado francés.

En el siglo XIX el interés por la «cultura» prendió con entusiasmo en la relación romántica contra el racionalismo del siglo XVIII. El romanticismo hacía hincapié en lo heroico sobre lo convencional; en el alma y no en el cuerpo, en lo emocional e instintivo; el corazón, no la cabeza. Su objetivo por el que combatir lo constituía la aridez espiritual de la «era de la máquina»; el aniquilamiento de la individualidad en favor del conformismo; la estructura sin alma del Estado utilitario; las limitaciones éticas de las doctrinas seculares y materialistas encar-

nadas de la forma más sorprendente en la nueva «ciencia funesta» de la economía política. Tales ideas se asociaban con una gran variedad de puntos de vista políticos, pero el nacionalismo tenía una especial capacidad para captar el espíritu romántico. En la libertad y en la vida de la nación podía encontrarse una fuente de valores morales y un compromiso emocional que llenaba el vacío dejado vacante por la fe religiosa tradicional.

Dicho concepto de nación como poder espiritual contra el materialismo y la secularización demostró ser complejo y difuso. Algunos nacionalistas han atribuido el valor moral al estilo de vida y a las costumbres del «pueblo», contrastándolos con la corrupción, la decadencia y el egoísmo de sus dueños. Otros denuncian esta actitud tachándola de primitiva, y aspiran, por el contrario, a «modernizar» las costumbres, el idioma y el folclore y crear una cultura «superior», capaz de estar a la altura del gran arte del mundo; W. B. Yeats, figura señera del renacimiento cultural de Irlanda, condenaba «la especie más ignorante de propagandista gaélico que no tiene nada que decir ni pensar como no sea en su país gaélico»⁷. Algunos nacionalistas han rechazado las instituciones y organizaciones modernas por destructoras de los valores nacionales; otros piensan que podían fundirse con el espíritu que distingue a la nación. El nacionalismo cultural suele producir figuras proféticas poco inclinadas al pragmatismo o al toma y daca político. «A mí nunca me podría molestar [John] McCormick —decía el poeta escocés Hugh MacDiarmid de su compañero nacionalista—. Él cree en la política práctica y no tiene tiempo para el arte y la cultura. El arte y la cultura lo son todo para Escocia. La política práctica, como todo el mundo sabe, es basura»⁸ (una visión muy personalista del nacionalismo escocés, hay que añadir). En Irlanda y por doquier, el espíritu heroico del romanticismo ha convertido a los nacionalistas culturales en activistas revolucionarios, pues, cuando el alma de una nación está en peligro, muy a menudo sólo puede salvarse con heroísmo moral y el propio sacrificio.

EL IMPACTO DEL NACIONALISMO

En esta sección consideraré el impacto del nacionalismo en tres campos distintos y desde tres puntos de vista diferentes. La primera parte estudia por qué el nacionalismo, que en la Europa de principios del siglo XIX estaba tan estrechamente vinculado a las ideas democráticas y liberales, no supo estar a la altura de las expectativas. La se-

⁷ Citado en F. S. L. Lyons, *Ireland since the Famine*, London, 1973, p. 244.

⁸ I. McLean, «The rise and fall of the SNP», *Political Studies*, 18, 1970.

gunda trata del nacionalismo anticolonial en el siglo presente, contrastando sus ideas con las que se encuentran en el nacionalismo europeo que le precedió. La tercera explica con más detalle las diferencias entre las características de cuatro regiones del Reino Unido. La cuestión principal es la *variedad* de ideologías nacionalistas y los diferentes conceptos de «nación» que han barajado los nacionalistas.

NACIONALISMO EUROPEO EN EL SIGLO XIX

Fue el italiano Giuseppe Mazzini (1805-1872) quien mejor expresó las presunciones optimistas que yacían tras el nacionalismo en la Europa de principios del siglo XIX. Mazzini nació en un país cuya *identidad* política común había desaparecido con los últimos emperadores romanos, y cuyos pequeños Estados, aunque *nominalmente* bajo la tutela de Austria, eran un juguete de los poderes políticos *internacionales*. La naturaleza *revolucionaria* de las organizaciones «Joven Italia» y «Joven Europa», creadas por Mazzini, era la respuesta característica a la política autoritaria de aquella época, y sus escritos inspiraron a muchos nacionalistas de otras partes. En ellos se expresaron el *espíritu* del romanticismo, las ideas democráticas y concepciones del progreso social derivadas de pensadores como Saint-Simon. Mazzini pedía la unidad de Italia. Creía que la autodeterminación nacional traería a Europa paz, prosperidad, libertad, cooperación y progreso, y basaba sus demandas en

una concepción histórica y filosófica; la sustitución de la monarquía feudal por el principio de la soberanía popular [...]; un paso necesario hacia la asociación y la distribución del trabajo colectivo; la constitución de la inmensa suma total de las fuerzas morales, intelectuales y económicas [...], para cooperar en el mejoramiento de toda la familia humana y en el aumento de la riqueza colectiva.

Mazzini creía que, en la nación, el pueblo *cumpliría* su deber de servicio para con otros seres humanos y para con Dios, cuya mano él la veía como guía del mundo. «Ni el Papa ni el rey; sólo Dios y el pueblo abrirán el *camino del futuro* para nosotros.» Ambos eran garantes de la paz y la cooperación; ya que la guerra era básicamente el producto del barbarismo feudal, mientras que Dios había configurado providencialmente el mundo en *forma* de «fronteras naturales» *dentro* de las cuales las naciones vivirían de acuerdo con sus identidades. Estas delimitaban sin lugar a dudas una sola nación italiana (si bien Mazzini encontraba dificultades para definir los límites naturales en otras partes). Una Italia unida tenía, además, una *misión* civilizadora: «Y al igual que a la *Roma de los césares* sucedió la *Roma de los Papas* [...], así también la *Roma del pueblo* sucederá a ambas para reunir,

en una fe que formará un pensamiento y una acción, a Europa, América y todas las regiones del globo terrestre»⁹.

La fe de Mazzini daba por supuesto que la identidad nacional era algo innato, y que todas las reivindicaciones nacionales eran compatibles. Su concepto de nación era el de una unidad territorial grande, dueña de una civilización cosmopolita floreciente y con una larga tradición histórica. Y creía que el «despertar nacional» era una revuelta contra los regímenes políticos opresores y conservadores. Ahora bien, las reivindicaciones nacionales podían modificarse en busca de otros fines.

Como ya hemos señalado, la construcción de una nación tanto podía servir a los intereses de los gobiernos de Estados conservadores como a los del pueblo. Las revueltas nacionalistas que estallaron por toda Europa en 1848, pero que fracasaron o fueron aplastadas, pusieron de manifiesto que el pueblo era débil y estaba dividido, de modo que la iniciativa pasó a otras manos. El príncipe Von Bülow, que había sido canciller de Alemania, observaba algún tiempo después: «Fueron los liberales quienes primero expresaron la idea de la unidad alemana y la propagaron por todo el pueblo [...]. No pudieron alcanzar la meta debido al camino que tomaron. Así pues, la prudencia conservadora tuvo que detenerlos a fin de llevar a cabo, como expresó Bismark, la idea liberal por medio de la acción conservadora»¹⁰. En la práctica, gobernantes enérgicos forjaron naciones-Estado en Alemania, Italia y otras partes, incorporando territorios mediante la *Realpolitik*, la guerra y la diplomacia de los poderosos.

La formación de naciones-Estado implicaba la tarea de conseguir la estabilidad interna y de consolidarla. Se elaboraron sistemas educativos nacionales a fin de inculcar lealtad hacia la nación, y se utilizaron planes de acción económica para formar alianzas políticas. A principios de siglo, Friedrich List (1789-1846), al defender la creación de una «economía nacional», fue una excepción a la acometida del nacionalismo de la época, que era antiestatista y partidario del *laissez-faire*. Con la posterior aparición de la crisis económica y del incremento del conflicto de clases, sus puntos de vista se convirtieron casi en norma. Las tarifas nacionales constituyeron los elementos para proteger los intereses industriales y agrarios y para financiar las tendencias centralizadoras del Estado. La nación se unificó decididamente al objeto de contener el impacto de las ideas radicales y socialistas.

En muchos Estados, nuevos y viejos, se enfrentó a las barreras de las antiguas clases: las identidades religiosas, étnicas y culturales. El nacionalismo húngaro, por ejemplo, lo encabezaron los terratenientes

magiares: muchos de ellos, como Louis Kossuth (1802-1894), hombres ilustrados que querían acabar con el feudalismo y unir al pueblo de Hungría contra el despotismo austríaco. Su problema se puso de manifiesto en la Constitución de 1867: «Todos los ciudadanos de Hungría forman una sola nación, la nación magiar, unitaria e indivisible, a la que pertenecen todos los ciudadanos, cualquiera que sea su nacionalidad». Esta distinción, que se suponía importante, entre «nación» y «nacionalidad» aprovechó a los croatas, rumanos y otros pueblos que vivían en Hungría, recelosos de las clases terratenientes y ofendidos por los planes de «magiarización», que empezaban a parecer nuevas formas de opresión.

La principal consecuencia de «nacionalizar» los Estados fue la de reunir a los pueblos en una solidaridad étnica en contra de sus vecinos. Se articularon demandas para la autodeterminación, pero no en favor de las «grandes» naciones como soñaba Mazzini, sino para grupos muchos más reducidos. Especialmente en los territorios económicamente atrasados del este y sudeste de Europa coexistía, entre sospechas y recelos mutuos y profundos, una especie de superficie hecha de retazos, que en una ocasión Engels denominó «monumentos etnográficos». Los escasos líderes liberales ilustrados tuvieron muchas dificultades para impedir que las aspiraciones nacionalistas no fueran canalizadas por dinastías sin escrúpulos, clérigos intolerantes y fanáticos raciales populistas hacia una mera inquina étnica. Como J. S. Mill lamentaba, refiriéndose a las revoluciones de 1848, «hasta tal punto el sentimiento de nacionalidad pesa más que el amor a la libertad, que el pueblo quiere ayudar a sus gobernantes en la tarea de aplastar la libertad e independencia de todo pueblo que no sea de su raza o no hable su lengua».

El problema ulterior fue que existía una gran cantidad de criterios para convertir las «nacionalidades» en «naciones»: la religión, el idioma, la raza o los orígenes tribales. Por ejemplo, algunos nacionalistas pedían Estados independientes para los serbios y los croatas; otros querían unirlos en una nación eslava del sur («Yugo»); otros pretendían unificar a todos los pueblos eslavos, incluidos rusos y polacos. El concepto de «límites territoriales naturales» como criterio de nacionalidad no resolvió el problema, pero añadió un ingrediente más a la retorta.

El nacionalismo de Mazzini suscitó una cuestión adicional: la unidad italiana, él así lo creía, no era un fin en sí misma, sino que serviría como inspiración para remodelar Europa, con Italia representando el papel principal. Tales manifestaciones retóricas de orgullo nacional contenían tonos sombríos. A medida que los Estados europeos ganaban fuerza y confianza en sí mismos, empujaban sus fronteras más allá de los límites, tanto en Europa como por todo el globo, en una ola de expansión imperialista. La misma nación-Estado empezó a parecer

⁹ Véase G. Salvemini, *Mazzini*, London, 1956, pássim. Ver también G. Mazzini, *The Duties of Man and Other Essays*, London, 1907.

¹⁰ *Imperial Germany*. London, 1914, p. 139.

un escenario demasiado angosto para poder cumplir sus objetivos nacionales. Escritores y políticos empezaron a proclamar la «misión civilizadora»; ~que les correspondía para llevar la luz de sus valores nacionales a los oscuros rincones del mundo: una misión que, según Rudyard Kipling, era «obligación del hombre blanco». A la vuelta del siglo, Joseph Chamberlain empezó a decir a sus auditorios británicos que «era una época para los grandes imperios, no para los Estados pequeños», y que deberían ((aprendera pensar imperialmente». Dichas tendencias expansionistas originaron conflictos nacionales más graves que se pretendieron racionalizar, en un lenguaje pseudodarwiniano, como la lucha por la supervivencia del más dotado: «Las comunidades, al igual que los animales, pueden permanecer estacionarias [...], pueden desarrollar una existencia superior, o pueden degenerar [...]. A medida que la competencia entre naciones se agudiza, el país que se estanca [...] debe contentarse con un lugar inferior durante algún tiempo y, en última instancia, tendrá que perecer»¹¹. Bajo esta forma de pensar y sentir, el espíritu original que subyacía en el principio de la autodeterminación nacional se había borrado por completo.

En 1914 la «cuestión nacional» en Europa explotó en una guerra mundial, al final de la cual las fuerzas victoriosas de Gran Bretaña, Francia y Norteamérica decidieron hacer del principio de la autodeterminación nacional la base para un arreglo pacífico. Ahora bien, la incapacidad para garantizar el acuerdo precisamente sobre *cómo* debería aplicarse provocó posteriores desavenencias. Su rechazo a aceptar que los convenios se aplicaran también en los imperios de ultramar y en sus esferas de influencia les valió la imputación de hipocresía que los nacionalistas anticolonialistas comenzaron a explotar a plenitud. En Europa supuso la legitimación internacional de una serie de Estados que nacieron de las ruinas de los derrotados Imperios ruso, alemán y austrohúngaro y que se concibieron para servir de barreras contra el resurgente militarismo alemán y el comunismo internacional que se extendía desde la Rusia soviética. No obstante, estas nuevas naciones, como Checoslovaquia, fueron, inevitablemente, Estados «multinacionales» y, a pesar de ajustes territoriales ocasionales y de las garantías que salvaguardaban a las minorías «nacionales» atrapadas en el lado equivocado de los límites del Estado, los motivos de queja estaban a la orden del día. Confeccionada mediante la división social y económica, la cuestión nacional, una vez más, se convirtió en un proceso espinoso. Y en medio de tanta confusión plantó su bota el genio maligno de Adolf Hitler. Apelando al hecho de que ningún criterio de autodeterminación podía legitimar los límites mutilados de la Alemania de

posguerra, explotó las disputas étnicas y raciales para provocar una solución **novedosa** consistente en integrar «a todos los alemanes con el fin de unir los elementos raciales más valiosos dentro de la nación, pero también con el objetivo de elevar a la patria alemana [...] hasta una posición dominante»¹².

NACIONALISMO ANTICOLONIAL

En el siglo XIX el nacionalismo se extendió más allá de su patria europea. Entre los colonizadores europeos y sus descendientes en América, Australia, etcétera, tanto la hostilidad hacia la dependencia política de la «madre patria» como el orgullo por garantizar su autogobierno desembocaron en la idea de **construir** nuevas naciones con sus propias identidades bien diferenciadas. En zonas como Iberoamérica, la fragmentación política y el espectro amenazador del «imperialismo yanqui» hicieron que durante siglo y medio la cuestión de la soberanía política fuera un foco de turbulencias políticas. Ahora bien, el impacto más estremecedor del nacionalismo se produjo en otros lugares. Durante el siglo XIX las potencias europeas pretendieron **repartirse** entre sí casi todo el mundo bajo la forma de grandes dependencias coloniales y de esferas de influencia; en el siglo XX hubieron de regresar a sus países de origen. A esta revuelta de los pueblos no europeos la hemos denominado, muy libremente, «nacionalismo anticolonial».

El nacionalismo europeo era la réplica de pueblos distintos frente a sus vecinos: en el **exterior** se trataba de una contestación ante los europeos. En el siglo XX esto simplificó el cometido de los nacionalistas: ya no se hacía tan necesario entregarse a la compleja tarea **intelectual** de definir lo que *era* la nación; era más fácil conceptualizar **aquello** a lo que se *oponía*. En este proceso **simplificador** pueden distinguirse tres aspectos.

En primer lugar, se daba un contraste absoluto entre los europeos, que, cuando menos, en Asia y África solían ser una reducida elite extraña, y las poblaciones indígenas. Como señalaba Julius Neyrere, «los africanos, a lo largo y ancho de todo el **continente**, sin haberse dicho ni una sola palabra [...], contemplaban a Europa, se miraban entre sí, y sabían que, con relación a Europa, ellos eran uno **solo**»¹³. Lo cual era una dicotomía falsa, estructurada ideológicamente, pero que se fundaba en la realidad de que *todos* los «nativos» solían ser **tratados**, como decía un nacionalista árabe, con «arrogancia **espiritual**, altanería

¹¹ Sir Lyon Playfair (parlamentario), en H. J. Hanham, *Scottish Nationalism*, London, 1969, p. 41.

¹² *Mein Kampf*, Boston, 1942, p. 479. [Ed. esp., *Mi lucha*, 4.ª ed., Hugnin, Barcelona, 1983.]

¹³ Shafer, *Faces of Nationalism*, p. 303.

racial, desprecio social y autoritarismo paternalista». Las sutiles distinciones sociales en el seno de la sociedad africana eran de tono menor comparadas con el inflexible vacío existente entre gobernantes y gobernados.

En segundo lugar, en ayuda de la simplificación vinieron a incorporarse las ideas referentes al imperialismo desarrolladas por socialistas y liberales en la Europa de finales del siglo XIX. Dichas ideas (ver más adelante, p. 204) trataban de explicar los orígenes de las colonias e Imperios europeos como un fenómeno de carácter unitario derivado de los propios problemas sociales del continente. Al adoptarlas los nacionalistas, las ideas cumplían un doble fin: definían la nación como oposición a un solo fenómeno —como «antiimperialismo» o «anticolonialismo»— y demostraban que el sometimiento del «nativo» no se debía a sus deficiencias innatas, sino a que los europeos no sabían resolver los problemas de sus propias sociedades.

En tercer lugar, los europeos ayudaban a aquellos que ellos habían designado para dirigir las armas de la revuelta. Algunas de estas armas eran sencillamente ideas —de equidad humana, libertad, autogobierno— que supuestamente eran la base de la civilización europea, pero que descaradamente no se aplicaban a los no europeos. Otras armas eran materiales —enseñanza, entrenamiento militar, familiarización con la tecnología occidental y principios organizativos—. Como bien demostró África en la década de los setenta, el fusil *Kaláshnikov* era un gran agente nivelador. Por consiguiente, los nacionalistas no tenían ya ninguna necesidad de empeñarse en buscar las raíces de su propia identidad: les bastaba con poner de manifiesto las contradicciones existentes entre los europeos.

Claro está que ésta no es la historia completa. Los nacionalistas también sintieron la necesidad de definir una concepción «positiva» de la nación. En los casos en que los europeos habían invadido Estados ya organizados y con civilizaciones florecientes, el nacionalismo surgió como una defensa «patriótica» de su país contra los intrusos extranjeros. La restauración Meiji en Japón (1869) enarbolaba el estandarte de «honor al Emperador, echad al extranjero», y movilizó las creencias religiosas tradicionales para garantizar la aquiescencia popular hacia un gobernante imperial «títere», pero que importaba de Occidente material industrial y militar para hacer de Japón la primera nación-Estado no occidental. En otros lugares, sobre todo en África, los políticos europeos lograban con esfuerzo abandonar las colonias sobre bases totalmente arbitrarias y les cedían las administraciones centrales. En este caso el nacionalismo se definió como «descolonización»: el reemplazo de gobernantes europeos por otros africanos que ejercieran el principio de «gobierno de la mayoría». En dichas ocasiones la «nación» se definía sencillamente teniendo en cuenta a todos aquellos que estaban incluidos dentro de los límites de la colonia en

ese momento. A partir de la independencia, el nacionalismo, ya fuera enarbolado por los líderes de los auténticos movimientos de independencia o por los militares u otros gobernantes que vinieron a sustituirles, estaba encaminado a la tarea ingente y extremadamente difícil de ((construir la nación» contra los «desórdenes de las realidades burguesas, feudales, tribales o sectarias», como en cierta ocasión un informe del partido Baas sino definía a los enemigos. También se hicieron intentos de crear naciones culturales más extensas. El «panafricanismo», con sus variantes, fue desarrollado por los negros de toda América, exiliados que reaccionaban contra la discriminación en sus propias sociedades, identificándolas con su patria africana. La «negritud», producto de los intelectuales negros parisinos procedentes de las colonias francesas, pretendía definir una personalidad «africana» o «negra». Muchos de los primeros líderes de los Estados africanos, como Nkrumah en Ghana y Senghor en Senegal, fueron exponentes de dichas filosofías, que aspiraban a la unidad política del continente. En el Oriente Medio el nacionalismo árabe surgió como una alternativa secular, basada en el idioma, frente al carácter predominantemente islámico y a las profundas divisiones de aquella zona, con la ambición de crear un gran Estado árabe unificado. Hasta el momento no se ha logrado más que una unidad superficial por encima de los nacionalismos estatales de África y del Oriente Medio.

La batalla entre «tradicionalistas» y «modernizantes» ha sido tan feroz fuera como dentro de Europa. En los últimos años, el fundamentalismo islámico ha representado una expresión muy singular de los primeros. En Irán logró situarse a la cabeza de la resistencia contra el sah, más inclinado hacia Occidente, rechazando el materialismo, y el «ateísmo» de importación occidental y ofreciendo un enfoque alternativo al secular nacionalismo árabe con la restauración de los Estados islámicos que florecieron mil años atrás. Pero el punto central del nacionalismo en el llamado «Tercer Mundo» es que está apresado por la modernización como prioridad, a lo que todo debe supeditarse. El orgullo nacional, el humanitarismo, la justicia social, así como la necesidad perentoria de colmar las expectativas que se han suscitado al contacto con los productos materiales de Occidente, impulsan a los líderes nacionales a buscar una escapatoria a la trampa de la pobreza y el atraso económico. El desarrollo económico es, en cierto sentido, el nacionalismo del Tercer Mundo. La necesidad de contar con programas educativos y de planificación nacional tal vez permita que se preserven los símbolos nacionales, aunque, inevitablemente, destruyan la realidad de la sociedad tradicional. Es tanto el rechazo a las formas tradicionales, como la necesidad de mantener los movimientos nacionalistas y las naciones-Estado contra las constantes amenazas del potencial explosivo que conllevan las diferencias étnicas y tribales, lo que lleva a muchos líderes políticos a insistir en que el principio de la

autodeterminación se aplique únicamente a los Estados y no a los grupos étnicos, religiosos o sociales de distinto tipo.

Hay una última diferencia entre el nacionalismo europeo y el nacionalismo anticolonialista: la Revolución rusa. Pocos nacionalistas europeos se tenían por socialistas, y la mayoría de los nacionalistas no europeos prestaron un flaco servicio a las doctrinas socialistas, lo cual se debe en parte a que los nacionalistas o bien tenían que elaborar movimientos de masas con programas «populistas» e igualitarios contra los poderosos gobernantes coloniales, o bien perdieron la iniciativa ante movimientos revolucionarios más decididamente socialistas. Fidel Castro y Hồ Chí Minh se hicieron marxistas cuando el Oeste liberal negó su autodeterminación a Cuba y a Vietnam; Mao Tse-tung se convirtió en un liberador de la nación cuando el Partido Nacionalista resultó ser incapaz de unir China contra los invasores extranjeros. Pero más importante es el hecho de que, a partir de 1917, Rusia ha ofrecido dos cosas: respaldo al principio de la autodeterminación y, aunque a veces de forma meramente nominal y pragmática, a los movimientos de «liberación» que se sumen a la ideología socialista; y, además, una teoría que demuestra que el socialismo y el nacionalismo comparten intereses comunes en la «lucha antiimperialista».

La teoría en cuestión asevera que el imperialismo europeo se debió a la necesidad de encontrar nuevas zonas comerciales e inversoras a fin de estabilizar las relaciones económicas en las avanzadas naciones-Estado capitalistas. Al objeto de mantener la tasa de beneficios (que, según Marx había predicho, caerían indefinidamente bajo el capitalismo) e importar trabajadores descontentos en sus propios países, el capitalismo precisaba expandirse por todos los confines del mundo, y al hacerlo originó un desajuste social a gran escala y un sistema de explotación a escala mundial. Lenin creía que la revolución socialista en Rusia, un país que dependía sustancialmente de la inversión occidental, causaría una gran crisis económica y una revuelta del proletariado en Occidente, pero que la oposición nacionalista al gobierno occidental, dondequiera que fuese, era un factor igualmente desestabilizador en tanto en cuanto impugnaba la estructura toda del imperialismo capitalista.

La creencia de Lenin de que el acuerdo sobre la cuestión nacional conduciría a una nueva **solidaridad** internacional de los pueblos oprimidos del mundo no llegó a materializarse, pero las variantes sobre la teoría del imperialismo penetraron profundamente en los nacionalismos modernos, ya que ofrecía una estabilidad histórica de ámbito mundial a las pretensiones de autodeterminación, capaz de adaptarse para poner de manifiesto que el atraso y la pobreza no son **privativos** de las sociedades marginales, sino de la expansión imperialista, lo cual implica, asimismo, que autogobierno no equivale a autodeterminación. Bajo la etiqueta de «neocolonialismo» muchos autores han de-

sarrollado dicha teoría para demostrar que los nuevos Estados permanecen cautivos dentro del antiguo sistema imperialista, y dependen de sus antiguos gobernantes en lo que concierne al comercio, la cooperación y la inversión que necesariamente se **orientan** al servicio de las exigencias de las economías mundiales más avanzadas, con preferencia a las de las poblaciones que anteriormente fueron sus colonias.

Estas ideas tienen una significación política considerable, hasta el punto de que, aun mucho después de su independencia, proporcionan a los nacionalistas un enemigo exterior en quien descargar las culpas para perseverar en la batalla por la unificación nacional, y conservar inmutable el rostro **original**, radical y libertador del nacionalismo.

Ahora bien, las luchas de liberación nacional y el comunismo internacional son aliados incómodos. La Revolución rusa propició, sin duda alguna, un nuevo modelo de inspiración a los nacionalistas: el Estado unipartidista y la planificación central parecían ser mucho más apropiados para las sociedades subdesarrolladas que el gobierno parlamentario y el libre mercado; y la crítica moral que el socialismo hacía en cuanto a los valores capitalistas reforzaba la autodefensa de los nacionalistas acerca de sus valores tradicionales. Sin embargo, la absorción de los ideales socialistas invariablemente ha sido **contraria** a la adhesión a la Unión Soviética y su sociedad. Los socialistas africanos, como Nyerere, han proclamado que la esencia del socialismo radicaba no en la dictadura burocrática de Rusia, sino en la tradicional vida cooperativa de la familia y la aldea africanas. Incluso se ha llegado a afirmar que «el socialismo más perfecto, completo, útil y con raíces profundas es el que prescribía el islam»¹⁴. A este respecto, la absorción del socialismo por parte de **escritores** nacionalistas no ha sido tanto la adopción de una **doctrina** cuanto el hecho de apropiarse de un término para imprimir mayor legitimidad a objetivos esencialmente nacionalistas.

NACIONALISMO EN LAS ISLAS BRITÁNICAS

Tras un largo periodo de letargo, la cuestión nacionalista se **reavivó** durante los años sesenta en muchas naciones-Estado «avanzadas»: entre los canadienses **francófonos**, los vascos, los valones, los catalanes, los bretones, por nombrar sólo unos pocos. Se puede considerar que el fenómeno nace de distintas fuentes: como una extensión del nacionalismo anticolonialista que puede ampliarse a las **minorías étnicas** o de cualquier otra condición; como producto de una creciente preocupación por la conservación del medio ambiente; como respuesta al do-

¹⁴ Citado en E. Kamenka, *Nationalism*, London, 1973, p. 1.221.

minio centralista del moderno Estado «corporativo», o al fracaso de los gobiernos modernos al no satisfacer las crecientes demandas sociales y económicas, sobre todo en las regiones periféricas: como una consecuencia de la «conmoción cultural» originada por el rápido cambio socioeconómico de las posguerras, o como el surgimiento de nuevos grupos de las clases medias, cultas y casi libres de los lazos que les ataban a los partidos existentes. Todo movimiento nacionalista ha entrelazado dichos puntos en su propia y diferenciada ideología. En muchos de ellos también han salido a la superficie de forma totalmente independiente y como parte del cambio ideológico que los partidos políticos convencionales estaban experimentando simultáneamente (ver «Introducción»). Ahora bien, cada nacionalismo tenía sus propios motivos de queja y una visión particular de la postura de su «nación» en relación con el mundo de su entorno. Incluso las tres nacionalidades del Reino Unido denominadas «celtas», poseían raíces distintas y perseguían objetivos muy diferentes que a continuación pasamos a analizar.

Irlanda

El nacionalismo irlandés, que desde la Revolución francesa ya manifestó su pujanza, presenta numerosas facetas. En la actualidad su preocupación primordial es lo que para él supone la anomalía de la continuada presencia del Reino Unido en Irlanda del Norte mucho tiempo después de que el sur se proclamara República independiente, así como las profundas divisiones que allí subsisten entre católicos y protestantes. Dentro del Ulster, dicho nacionalismo se articula principalmente en el Partido Laborista Socialdemócrata (SDLP) y los grupos armados republicanos, sobre todo el IRA provisional y su ala política, el Sinn Féin.

La unidad de Irlanda se ha reclamado basándose en distintos presupuestos: porque se trata de un solo territorio, gobernado hasta 1920 como una sola unidad, dividida después arbitrariamente; porque, en contra de los principios aceptados sobre la descolonización, Gran Bretaña dictó los términos del autogobierno creando un Estado artificial en Irlanda del Norte con una mayoría protestante autóctona formada por los colonos que en el siglo XVII llegaron procedentes de Inglaterra. Además, se asegura, Irlanda del Norte, atrincherada en antiguos odios sectarios, favorece un sistema de discriminación, problema que sólo puede solucionarse dentro de un contexto irlandés, puesto que los gobiernos británicos no gozan de ninguna confianza dentro de la provincia, y no pueden actuar rectamente, ya que sus intereses por la estabilidad política están muy estrechamente asociados con los intereses protestantes. Los nacionalistas de izquierda, herederos del irlandés marxista James Connolly (1868-1916), también contemplan la irre-

denta cuestión nacional como perpetuación del neocolonialismo y como un impedimento para que surjan lealtades «normales» entre las distintas clases.

Estos planteamientos tienden a buscar una solución en dos tipos distintos de política: un nacionalismo constitucional, pragmático, que considera la soberanía británica como un obstáculo para resolver los problemas que de otra forma serían tratados localmente, y un republicanismo revolucionario que proclama que la presencia británica es la verdadera fuente del problema. Ambos tienen profundas raíces históricas. El primero se relaciona con los partidos irlandeses del siglo XIX que ratificaban las reivindicaciones nacionales con el fin de modernizar la «atrasada» sociedad irlandesa y conseguir un *status* de igualdad dentro del Estado y el Imperio británicos. El segundo se inspira en la tradición revolucionaria que tiene su origen en el movimiento Irlandeses Unidos de Wolfe Tone, en los años 1790, que exigía la independencia total. Ambos reconocen hoy que fue el Alzamiento de la Semana Santa (*Easter Rising*) de 1916, y la consecuente guerra anglo-irlandesa, lo que condujo al autogobierno del sur; pero mientras los constitucionalistas atribuyen a este hecho una importancia simbólica, los republicanos creen que constituye una lección para el día de hoy.

Los líderes del *Easter Rising* declaraban que:

En todas las generaciones, el pueblo irlandés ha ratificado su derecho a la libertad y soberanía nacionales; durante los tres siglos pasados, seis veces lo han mantenido con las armas. Amparándonos en tan fundamental derecho [...], nosotros proclamamos, por la presente, la República Irlandesa como Estado soberano e independiente [...]."

Al igual que ellos, los republicanos modernos apelan a los hechos históricos: la conquista británica y su asentamiento; el expolio de sus tierras y la discriminación contra la población católica autóctona; la hambruna y la forzada emigración; la *anglicanización* obligatoria y la represión de los descontentos. Y, a través de todo ello, una resistencia continuada, a veces muda, por parte del pueblo irlandés en pro de la igualdad, la dignidad y la libertad.

El republicanismo moderno heredó dos temas ideológicos. El primero, un nacionalismo de corte jacobino y básicamente populista, matización de las ideas socialistas de la lucha de clases, que iba tanto contra el «imperialismo» británico cuanto contra las elites irlandesas que habían abandonado al «pueblo». El corazón del *republicanismo* se sitúa en los suburbios urbanos del norte de Irlanda y en las zonas rurales pobres. El segundo tema está arropado por un fuerte *mito-religio-*

¹⁵ Proclamación del *Poblacht na h-Eireann* (Gobierno Provisional).

so, cuyo expresión más completa la dio Padraig Pearse, el líder ideológico del Alzamiento de 1916. Es un mito de muerte y resurrección, del sucesivo aplastamiento de la voluntad de Irlanda y de su resurgimiento, cual ave fénix, de sus propias cenizas. Hay Judas que traicionan a la causa nacional y mártires cuya sangre se ha derramado para rejuvenecerla. Dicho mito no es pura invención, sino una reflexión sobre la forma en que muchas personas experimentan la dinámica de la vida social y política. Tan sólo hace muy poco tiempo se puso de manifiesto su fuerza, con ocasión de la huelga de hambre de los presos republicanos, que se saldó con una nueva generación de mártires y el relanzamiento del Sinn Féin como una pujante fuerza electoral.

La aspiración de una Irlanda libre y unida ha sido siempre un problema que todo lo desborda: el problema de la tradicional división religiosa de Irlanda. Desde los años 1830 el nacionalismo ha venido actuando primordialmente como un medio para la solidaridad católica y la expresión de los agravios católicos, cuando menos en el Norte. En 1970 el SLDP surgió de las ruinas del antiguo Partido Nacionalista del Norte, que se había mostrado incapaz de asegurar la unidad de Irlanda o, si no, un *status* de igualdad para la provincia. Aunque comprometido con este último punto, su fracaso al no conseguir una representación equitativa del poder le fue aproximando cada vez más a la opción nacionalista. El obstáculo para ambos lo constituye el unionismo protestante (o «principio de lealtad»), que rechaza la unidad irlandesa y considera a los católicos del Norte como líderes de una quinta columna contra ellos. La unificación, aseguran, entraña la sumisión al Estado católico («la autonomía es la autonomía»), un mayor empobrecimiento económico y su absorción dentro de una forma de vida extranjera. El unionismo no es, sin embargo, un nacionalismo coherente que actúe de contrapeso. Muchos leales desconfían del gobierno de Westminster y diferencian entre su lealtad a la Corona y su disposición a aceptar la soberanía parlamentaria; algunos se identifican con el «modo de vida británico», mientras que otros proclaman la superioridad moral de la herencia protestante del Ulster; unos argumentan en favor de la integración dentro de un Estado unitario con el Reino Unido, y otros piden que se restablezca el *Stormont*, o Parlamento nacional, que fue abolido en 1972; y esto bien sea para compartir el poder con la minoría católica, o bien para imponer la «ley de la mayoría». Sólo ocasionalmente se ha proclamado el derecho a la autodeterminación como base para un separatismo regional.

Los protestantes irlandeses no siempre han sido hostiles al nacionalismo, incluso en el Ulster. Los Irlandeses Unidos tenían jefes protestantes, como protestante fue en un principio el movimiento proautonomista del siglo XIX. La idea de una nación unida donde cupieran «protestantes, disidentes y católicos», según las palabras del Wolfe Tone, contra el mal gobierno inglés, atrajo a liberales y radicales de

todas las religiones. También inspiró parcialmente a los nacionalistas culturales de finales del siglo XIX, quienes, influidos por el romanticismo y horrorizados ante la anglicanización de Irlanda, ratificaron la importancia de la lengua tradicional gaélica para conseguir que Irlanda fuera «de nuevo una nación». Estas cuestiones tuvieron, sin embargo, más eco entre los católicos y las elites angloirlandesas que entre los presbiterianos del Ulster; algo predecible, quizá, cuando hombres como Douglas Hyde, el angloirlandés fundador de la Liga Gaélica (1893), declaraba que, «a pesar de la escasa mezcla de sangre sajona en la esquina nordeste, este país es y seguirá siendo celta hasta la médula»¹⁶.

Tales ideas no producen la fuerza impulsora que hay tras el nacionalismo norteño de hoy día, como ocurriera con muchos líderes anteriores a 1922. La cuestión es justicia social, no identidad social. Ahora bien, en el sur la identidad mantiene su situación polémica. ¿Es Irlanda una nación esencialmente católica? Si es así, ¿puede el Estado del sur acoger al protestantismo del norte, y hasta qué punto las doctrinas sociales y morales católicas pueden ser legítimamente obligatorias? ¿El mantenimiento de la lengua y cultura gaélicas es fundamental para la vida del Estado o se trata meramente de un apéndice romántico? Dichas cuestiones de principio, así como el pragmatismo político, han hecho que los líderes políticos del sur se muestren profundamente ambivalentes acerca del norte. Mientras proclaman la soberanía legal, la aspiración a la unidad y un *status* especial como custodios y defensores de los intereses católicos en el Norte, por regla general han manifestado una decidida renuencia a desafiar abiertamente a la soberanía británica y a verse directamente envueltos en la política interna del norte. Ellos, y muchos nacionalistas norteños, confían en que los unionistas del Ulster aceptarán ser miembros de un solo Estado de Irlanda (aunque tal vez no de la nación irlandesa en que Wolfe Tone creía), si Gran Bretaña abandona el papel que ha asumido como guardián de la paz en el Ulster. La interrogante que se abre es si la opción nacionalista puede *resolver* el problema del norte, o simplemente *transferirlo* de un Estado a otro.

Escocia

En Escocia, las cuestiones étnicas y culturales se han visto ampliamente eclipsadas a causa de las justificaciones económicas y sociales en favor del autogobierno. El Partido Nacional Escocés (SNP, fundado en 1934) se formó principalmente como respuesta al colapso de la prosperidad económica escocesa, tras la época victoriana, al giro habi-

¹⁶ *Revival of Irish Literature and Other Essays*, London, 1894, p. 131.

do sobre la propiedad y el control de los recursos locales que se orientaron hacia el sur de sus fronteras, y a la indiferencia de Westminster ante todo ello. Este asunto impregna hoy día a toda la ideología del partido. Los programas económicos regionales, según asegura el partido, no han resuelto las dificultades: antes bien, las han acentuado: hay pocos controles efectivos sobre la burocracia local, mientras que la modernización económica de posguerra, emprendida por industrias foráneas, ha hecho que su economía sea más vulnerable a las fuerzas que escapan al control local. El hallazgo de petróleo en el mar del Norte, en los años sesenta, demostró ser un arma poderosa: los nacionalistas aseguraban que el petróleo pertenecía a Escocia, pero que sus beneficios se desviaban, como en tantas otras ocasiones, y en vez de satisfacer las necesidades locales iban a parar a los bolsillos extranjeros y al Tesoro británico. Durante algún tiempo, también el petróleo superó el enorme vacío de credibilidad con respecto a la viabilidad de la independencia.

Desde el siglo XIX, la política escocesa ha sido mayoritariamente una política de clases. El nacionalismo se ha opuesto a ella y, a la vez, se ha visto configurado por ella. John McCormick, fundador de SNP y anteriormente socialista, consiguió dotar al partido original de una ideología de centro-izquierda perfectamente diferenciada. Con lo cual no hacía otra cosa más que continuar la tradición. El movimiento pro-autonomista anterior a la Primera Guerra Mundial resultó ser un instrumento en favor de las reformas liberales que atrajo a muchos de los líderes del laborismo escocés, e incluso a los comunistas, convencidos de que las mayorías electorales izquierdistas escocesas jamás podrían desbancar a las clases rectoras mientras Inglaterra continuara enviando a Westminster mayorías conservadoras. En los años setenta dicha opinión volvió a salir a la superficie dentro de los sectores izquierdistas del partido. En el programa económico y de mejora social del SNP siempre ha existido una cierta planificación centralista, pero el partido se ha apartado con recelo del colectivismo social. A él pertenecen muchos representantes de empresas, partidarios de los recios valores presbiterianos de Escocia, en cuanto al esfuerzo individual y la ayuda propia: así como profesionales de la clase media apartados de la política de base clasista y resentidos a causa de la preponderancia del gran Estado corporativo. Durante muchos años su programa económico se preocupó del desarrollo económico mediante la implantación de empresas cooperativas a pequeña escala.

A partir de 1979, las tensiones inherentes al partido se hicieron más manifiestas, sobre todo al desvanecerse la perspectiva inmediata de un autogobierno local. Se agrandó la división entre los partidarios de la independencia y los defensores de la devolución. Algunos han considerado el autogobierno como una forma de escapar a las políticas conservadoras británicas; otros, como una manera de hacerlas más lleva-

deras para Escocia; otros más, desean rejuvenecerlas y ganar los votos de las clases trabajadoras que habitan en las zonas **industriales** de las Tierras Bajas, y aún otros, reavivar preferentemente la economía rural de las olvidadas Tierras Altas.

El clamor por la independencia reside, evidentemente, en el presupuesto de una nación escocesa perfectamente diferenciada. Para ello se aduce que Escocia ya era una nación-Estado mucho tiempo antes del Acta de Unión (1707) con Inglaterra; pero que la Unión, en vez de garantizar una asociación de igualdad, redujo a Escocia a un **status** subordinado y periférico, aunque lo cierto es que conservó intactas las esencias de su vida nacional: un sistema educativo y legal, una Iglesia nacional y, hasta fechas muy recientes, una economía nacional. Asimismo, los escoceses han conservado un sentido de su identidad, una conducta política y una tradición literaria. Finalmente, el objetivo de la Unión era situar a Escocia en el mapa como una parte del desarrollo comercial y político del Imperio británico: la decadencia de éste significa que Escocia debe expresar su individualidad en otro foro distinto, el de las Naciones Unidas.

La endeblesz de los argumentos clásicos, **étnicos** y culturales, que ya hemos señalado anteriormente, reside en la historia de Escocia. En el momento de la Unión, Escocia estaba virtualmente constituida por «dos naciones»: las Tierras Bajas eran presbiterianas, **anglicanizadas**, con vocación para el comercio y un Estado central muy fuerte, mientras que las Tierras Altas eran mayoritariamente católicas, **gaelicoparlantes**, organizadas en **clanes** feudales, económicamente atrasadas, y con un escasísimo sentimiento de lealtad hacia el Estado. Tras las revueltas jacobitas* de 1715 y 1745, la elite unionista de las Tierras Bajas colaboró con los gobiernos ingleses y con líderes escogidos entre los **clanes**, al objeto de destruir el antiguo orden, arrancando de forma brutal a las gentes de su propio terruño, aniquilando su lengua **autóctona** y destruyendo su religión. La base social para cualquier otro nacionalismo revolucionario se vio socavada en sus cimientos e incluso totalmente domeñada. Bajo la influencia de sir **Walter Scott**, el movimiento romántico del siglo XIX se canalizó dentro de un ambiente nostálgico y añoso, un pasatiempo para ponerse los **tartanes** y **patrocinar** los juegos de las Tierras Altas y las antiguas marchas militares entre la pequeña nobleza unionista. Como resultado de ello, los **nacionalistas** políticos han mirado siempre con recelo el «**toryismo del tartán**». La revitalización de la lengua gaélica tampoco ha gozado de buena **orientación** política, si bien la sede más segura del SNP se encuentra en las islas Occidentales, gaelicohablantes, que arrastran una **larga** historia

* **Jacobitas**: de *Jacobus* (= Jacobo II, Estuardo; católico; exiliado tras la Gloriosa Revolución de 1688). Las últimas insurrecciones datan de 1745. (N. de la T.)

de protesta ante el impacto de la Escocia moderna. Los escritores, músicos y artistas que han intentado crear una cultura nacional en la moderna Escocia, por mor del pasado gaélico, han fracasado hasta ahora, incapaces de pulsar ninguna otra cuerda sensible fuera de los reducidos círculos de sus entusiastas. Precisamente fue el tema de la cultura lo que hizo del poeta socialista Hugh MacDiarmid uno de los símbolos más notables del nacionalismo escocés de hace unos años, aunque lo que siempre le tuvo a mal traer fue la constatación del carácter predominantemente «burgués» y utilitario del SNP.

Gales

Por otra parte, en Gales la cultura se ha situado en el núcleo mismo del nacionalismo. El Paid Cymru (PC, fundado en 1925), a pesar de que reclamaba un puesto para Gales en la Sociedad de Naciones, ha basado tradicionalmente su programa en las ideas de su fundador, J. Saunders Lewis, quien en una ocasión declaró que el movimiento «no era una lucha por la independencia de Gales, sino por su civilización»¹⁷.

Dicha civilización se identificaba con la lengua galesa, cuyo uso popular ha descendido espectacularmente en el presente siglo, y con la promoción de las manifestaciones literarias y musicales que florecieron en los tiempos feudales; todo lo cual hunde sus raíces en una filosofía mucho más amplia. En el momento de su fundación, el PC no era una representación atípica de las ideas conservadoras usuales en el neorromanticismo y comunes a toda Europa. Rechazaba el materialismo, la secularización, el desarrollo de la política clasista y el Estado centralizador. La industria y la vida de la *city* (que comprendían a la mayoría del pueblo galés) privaban a los seres humanos de su capacidad para las auténticas virtudes morales, fáciles de encontrar en la vida más sencilla y cooperativa del campo y de las aldeas. Lewis, católico converso, influido por los escritores conservadores de la *Action Française*, consideraba el mundo medieval de la cristiandad católica, donde habían florecido muchas culturas divergentes, como un ideal que el desarrollo de las naciones-Estado había destruido. Su indiferencia ante la autodeterminación política de Gales era tanto una objeción de principio hacia las implicaciones que conllevaba la idea de nación-Estado cuanto un rechazo a permitir que la política secular del industrializado sur de Gales prevaleciera sobre el norte rural antes de que se completara su cruzada en pro del idioma galés.

Comparados con la restauración de los valores cristianos civilizados, los problemas económicos y sociales de las ciudades industrializadas y anglicanizadas de Gales carecían de importancia. Como seña-

labo en 1937 J. F. Daniel, colega de Lewis, «es en la poesía **taliesina** y en Dafydd Nanmore* por encima de las actas sobre zonas especiales, de los programas quinquenales, donde hay que encontrar la salvación de Gales»¹⁸.

Plaid no inventó su preocupación por el idioma, que había presenciado muchos «despertares nacionales» en el siglo XIX, pero en tales ocasiones se trataba de robustecer la política liberal. Cuando triunfaron sobre las elites conservadoras, anglicanas y anglicanizantes, los reformadores liberales inconformistas posteriores a 1868 apelaban a un electorado que hablaba mayoritariamente galés. El mantenimiento de la lengua y la cultura representaba una demanda radical en favor de que el «pueblo» participara en la vida política británica en condiciones de igualdad, pero sin sacrificar su identidad. Sólo después del **declive** de la lengua y de la política liberal, para ser reemplazada por el ascenso laborista en la zona del sur de Gales, se **convirtió** en una *ideología nacionalista*.

Sin embargo, el Plaid ha cambiado mucho en los últimos años. Entre las diversas novedades, la cultura y el medio ambiente han adquirido un tinte radical más próximo al socialismo que a los valores feudales. Además, ha surgido un nacionalismo regional más generalizado. La creación de *Cymdeithas Yr Iaith Gymraeg* (Sociedad de la Lengua Galesa, en 1962) puso el acento en los métodos de acción directa que demostraron ser más eficaces para concitar la atención pública y dejaban al Plaid mayor libertad para dedicarse al pragmatismo electoral. Los radicales, en su búsqueda de soluciones para los problemas **industriales**, han impulsado el partido hacia una orientación socialista. Y al aceptar las condiciones de las propuestas de devolución, en los años setenta, el partido se ha visto obligado a reeducarse siguiendo nuevas pautas de pensamiento. Partiendo de la hostilidad declarada, hasta llegar al gobierno moderno, se empezó por defender el autogobierno como un medio para ejercer un mayor control sobre sus funciones. Resta todavía por ver si podrán coexistir todos estos asuntos regionales y culturales, entre sí contradictorios, dentro del nacionalismo galés.

Inglaterra

Desde hace mucho tiempo Inglaterra es una nación-Estado, que **ha** dado origen a un intenso patriotismo, pero no a esa ideología nacionalista clásica, propia de la constitución de un país. Por el **contrario**, el sistema político se ha legitimado mediante una doctrina **prenacionalista**, referente a la **soberanía parlamentaria**, que se extiende **también** a

* Taliesin, poeta galés. Personaje semimítico, bardo a quien se sitúa en el siglo VI. Dafydd Nanmor, poeta galés del siglo XV. (N. de la T.)

¹⁸ *Welsh Nationalism: What it stands for*, London, 1937, p. 40.

¹⁷ *The Principles of Nationalism*; 1926, reimp., Cardiff, 1975, p. 12.

Escocia, Gales e Irlanda del Norte. El predominio de Inglaterra dentro de la Unión, su relativo aislamiento de las invasiones extranjeras, su posición —hasta épocas muy recientes— como una potencia económica y política mundial, y la ausencia prolongada de cualquier amenaza de una política revolucionaria, han garantizado que la retórica de tipo nacionalista la utilicen preferentemente los líderes políticos bien consolidados en defensa de las prácticas bendecidas por la tradición o por su fusión con el espíritu de la libertad parlamentaria «inglesa». El nacionalismo inglés apoya a la Unión frente a los separatistas nacionales: la patria, el imperio y las cuestiones británicas (incluso algunas tan dudosas como el caso de las islas Malvinas/Falkland y el de los unionistas del Ulster) frente a las intimidaciones extranjeras: la soberanía parlamentaria por encima de la Comunidad Europea. Todo lo cual, por supuesto, no es específicamente *inglés*: gran parte de la desazón existente en las «zonas célticas» asimila lo que en realidad es un Estado multinacional dentro de Inglaterra.

Pero también se han manifestado otras formas de nacionalismo. La cuestión étnica, la raza y la religión se han esgrimido contra los inmigrantes: judíos, católicos irlandeses y los nuevos inmigrantes de la Commonwealth (ver cap. 7). A principios de siglo muchos poetas y músicos imprimieron a su obra un carácter específicamente «inglés». Pero su imagen neorromántica de Inglaterra como un «país verde y ameno» choca dramáticamente con la realidad del pasado de Inglaterra, como la primera economía industrial del mundo moderno, totalmente dedicada al comercio. La imagen tiene fuerza y está muy extendida, pero a duras penas puede convertirse en una ideología política.

Finalmente, existen nacionalismos «modernizantes» que abogan por la regeneración de la economía y la acción política nacionales para contrarrestar el declive de la posición internacional británica. A finales de siglo apareció un movimiento multipartidista de «Eficiencia Nacional», influido por el grupo sobre Reforma Arancelaria de Joseph Chamberlain y el fascismo de entreguerras. En los años ochenta hemos asistido al llamamiento de los conservadores para restaurar las virtudes de la autosuficiencia victoriana que hicieron grande a Inglaterra, mientras que el laborismo coquetea con una vía radical socialista tendente a la reindustrialización a través de un Estado centralista y una economía protegida. Ocasionalmente muchos de estos elementos son convergentes. Por ejemplo, Enoch Powell aprueba el unionismo, la homogeneidad racial, la idea de una cultura inglesa, la defensa de la soberanía parlamentaria y la economía libertaria dentro de un nacionalismo de la ((Pequeña Inglaterra), muy receloso con respecto al antiguo papel internacionalista de Gran Bretaña. En medio de la confusión política y económica de los años setenta, todo ello adquirió la apariencia de una mezcla muy compacta con un considerable potencial de futuro.

¿EL FINAL DEL NACIONALISMO?

Hace mucho tiempo que se viene proclamando la inminente defunción de la era del nacionalismo. Ya en 1784 el filósofo Immanuel Kant llamó la atención sobre las fuerzas que estaban operando y que, según él, guiarían a la humanidad, mediante la razón y el interés propio, hacia una mayor unidad y armonía, hasta culminar en un único gobierno mundial¹⁹. Desde entonces sus opiniones han sido ampliamente citadas. Ciertamente el mundo se ha convertido en un lugar más pequeño de lo que era hace doscientos años: hoy contamos con las Naciones Unidas. Sin embargo, el nacionalismo y la nación-Estado parecen persistir aun en contra del hecho de que vivimos en un mundo único, que muchos problemas tienen un carácter global y que sólo pueden resolverse a escala mundial.

Con todo, la cuestión es aún más compleja. En un determinado nivel la nación ha sido el gran agente unificador. Gentes cuyos horizontes se limitaban a la familia, la religión, la aldea y las identidades tribales, se han visto como miembros de una unidad social mucho más amplia y compleja: la nación. El nacionalismo ha tenido también otra consecuencia, la de reunir al mundo: sin nacionalismo no hubieran podido existir las Naciones Unidas.

Con todo, hoy día su incidencia principal consiste en fragmentar y dividir. El nacionalismo persiste frente a la homogeneidad cultural del mundo. En Europa y otros continentes, impugna la permanente identidad política de muchos Estados. Cuando se enarbola en defensa de la soberanía nacional de los Estados existentes, ofrece una pertinaz obstrucción sobre los intentos experimentales de cooperación, como la Comunidad Europea; obliga a instituciones como la Organización para la Unidad Africana o las Naciones Unidas a replegarse mientras los Estados miembros se desgarran en guerras civiles o se entregan a un baño de sangre entre sus poblaciones. Vivimos en un mundo surcado por todo tipo de organizaciones internacionales —cooperaciones multinacionales, como la OPEP o la OTAN— que dan testimonio del hecho de que la idea de la «soberanía», la total autodeterminación, la nación-Estado están obsoletas, aunque alguna vez fueran ideas plausibles.

Ahora bien, es cierto que el nacionalismo se mantiene debido en parte a la «internacionalización» de la vida humana. Cuando una mayor homogeneidad cultural significa en la práctica la proliferación de los culebrones norteamericanos, es muy probable que el pueblo exija una acción política para preservar las bellezas de la poesía medieval

¹⁹ «Idea for a universal history from a cosmopolitan point of view», en L. W. Beck (ed.), *Kant on History*, Indianapolis, 1963, p. 23.

galesa. Cuando la unificación política significa un cúmulo de minuciosas regulaciones procedentes de Bruselas, es muy improbable que la bestia de la «soberanía nacional» se someta sin ofrecer lucha. Y que la llegada de los fondos económicos procedentes del Banco Mundial o, por decirlo así, de la Río Tinto Zinc, plantearán las siguientes preguntas: ¿a qué intereses sirven?, ¿quién lleva actualmente la batuta? Mientras exista un «foro de opinión mundial» que legitime el principio de autodeterminación, las minorías con algún motivo de queja posiblemente sientan que la opción nacionalista sea una opción viable. Por éstas y otras muchas razones, es muy probable que el nacionalismo nos acompañe durante muchos años.

BIBLIOGRAFÍA

Carlton Hayes, *The Historical Evolution of Modern Nationalism*, Srnith, 1931, New York, y H. Kohn, *The Idea of Nationalism*, McMillan, London, 1967, son tratamientos clásicos de las génesis de las ideas nacionalistas. Bastante más hostil y partidista es E. Kedourie, *Nationalism*, Hutchinson, London, p. 1985. K. R. Minogue, *Nationalism*, Batsford, London, 1967, es un estudio general muy interesante, si bien, al igual que la obra de Kedourie, tiende a identificar el nacionalismo únicamente con un irracionalismo romántico. Boyd C. Shafer, *Faces of Nationalism: New Realities and Old Myths*, Harcourt Brace, New York, 1972, no es tan sólo una obra erudita y muy variada, sino que ofrece una bibliografía extensa y crítica. E. Kamenka (ed.), *Nationalism: The Nature and Evolution of an Idea*, Edward Arnold, London, 1976, es un popurrí de ensayos, si bien cada uno de ellos ofrece ideas sugerentes. H. Kohn, *Nationalism: Its Meaning and History*, Van Nostrand, Princeton [ed. esp., *Historia del nacionalismo*, FCE, México, 1984], 1955, ofrece una introducción general, útil, a unos estudios breves, mientras que E. Kedourie, *Nationalism in Asia and Africa*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1971, prologa sus artículos con una crítica de las mitologías nacionalistas. A. D. Srnith, *Nationalism in the Twentieth Century*, Martin Robertson, Oxford, 1979, ofrece una serie de inteligentes comparaciones entre las ideas nacionalistas modernas. A. Cobban, *The Nation-State and National Self-Determination*, Collins/Fontana, London, 1969, es un estudio clásico sobre la cuestión nacional en Europa.

H. Seton-Watson, *Nations and States*, Methuen, London, 1977, y B. Akzin, *State and Nation*, Hutchinson, London, 1964, ofrece relatos muy variados sobre la historia de los nacionalismos. Las relaciones acerca del origen y el carácter de la nación-Estado son innúmeros. C. Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1975, analiza diversos temas, mientras que L. Tivey (ed.), *The Nation-State: The Formation of Modern Politics*, Martin Robertson, Oxford, 1981 [ed. esp., *El Estado-nación*, Eds. 62, Barcelona, 1987], contiene un variado conjunto de ensayos que abarca tanto los orígenes de las naciones-Estado, como sus actuales problemas.

E. Gellner, *Thought and change*, Weidenfeld & Nicolson, London, 1964, ofrece un tratado muy generalizado y extenso acerca de las raíces sociológicas del nacionalismo, estimulante y original, aunque, en última instancia, incompleto; un tratamiento más cabal lo encontramos en su obra *Nations and Nationalism*, Basil Blackwell, Oxford [ed. esp., *Naciones y nacionalismo*, Alianza, Madrid, 1988]. Gellner ha sido criticado, entre

otros, por A. D. Smith, *Theories of Nationalism*, Duckworth, London, 1971, en un estudio denso pero minucioso de las teorías sociológicas del nacionalismo. J. Breuilly, *Nationalism and the State*, 2.^a ed., Manchester University Press, Manchester, 1985, ofrece una nueva perspectiva bien fundamentada sobre las distintas características de los movimientos nacionalistas desde la óptica de las diferentes relaciones entre los Estados centralizados y las estructuras sociales sobre las que gobiernan, mientras que B. Anderson, *Imagined Communities*, NLB/Verso, London, 1983, constituye una aportación importante al debate acerca de la forma en que los líderes nacionalistas definen la identidad nacional y los caminos que les conducen a hacerlo.

En cuanto al nacionalismo en el Reino Unido: A. H. Birch, *Political Integration and Disintegration in the British Isles*, George Allen and Unwin, London, 1977, ofrece una análisis útil e interesante; M. Hatcher, *Internal Colonialism: The Celtic Fringe in British Politics*, Routledge & Kegan Paul, London, 1975, y T. Naim, *The Break-Up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*, 2.^a ed., NLB/Verso, London, 1981, están basadas en enfoques sociológicos e históricos distintos. El primero es útil, aunque equivocado; pero el segundo es estimulante e incisivo y, si en última instancia es incorrecto, lo es por razones muy interesantes. Para una relación concordante con el nacionalismo cultural moderno, P. Mayo, *The Roots of Identity*, Allen Lane, London, 1974. En cuanto a las obras sobre el nacionalismo escocés, H. J. Hanham, *Scottish Nationalism*, Faber, London, 1968, y C. Harvey, *Scotland and Nationalism*, George Allen and Unwin, London, 1977. Irlanda presenta multitud de obras. Un libro con interesantes artículos es el de A. C. Hepburn, *The Conflict of Nationalism in Ireland*, Edward Arnold, London, 1980. R. Kee, *The Green Flag*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1972, es un relato directo y sencillo, mientras que P. Arthur, *Government and Politics in Northern Ireland*, Longman, London, 1981, es una exposición densa y fundamentada. En cuanto al nacionalismo en otros lugares: P. Worsley, *The Third World*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1964, y R. Emerson, *From Empire to Nation: The Rise to Self-Assertion of Asian and African Peoples*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1960, son obras antiguas, pero extremadamente valiosas.